



¿QUÉ CELEBRAMOS EL 31/12/1999?

RUBÉN MONASTERIOS

PERIODISTA

n
Trasvase

ada especialmente importante, excepto el tradicional fin de año y el principio de otro al que corresponde un fascinante número “redondo”.

De revisar con alguna atención la “historia del tiempo” –sin llegar a las honduras de Hawking en su libro de ese título– comprenderíamos fácilmente el asunto del fin del milenio.

Por diversas razones religiosas, económicas, políticas y científicas, el hombre siempre ha tenido necesidad de medir el tiempo; algunas culturas desarrollaron calendarios lunares, pero resultaban imprecisos; a propósito de determinar el año real o astronómico debe observarse el comportamiento del Sol respecto a las constelaciones y realizar unos cuantos complicados cálculos; el calendario solar creado por los egipcios, quizá hacia 2800 a.C., resultó el más exacto.

A Julio César (100–44 a.C.) le gustaba el Egipto, tanto que se cogió al país y a su reina, Cleopatra; hasta su época los romanos se valían del antiguo calendario latino, realizado bajo el mandato del semilegendario segundo

rey de Roma, Numa Pompilio (reina 741–671 a.C.), el cual comenzaba en el mes de martius, nuestro moderno marzo. Reconociendo Julio César que el calendario egipcio era más exacto que el romano, comisionó al sabio griego Sosígenes hacer una versión mejorada a partir de ambos.

Sosígenes cumplió a cabalidad su cometido; calculó un año de 365 días con 12 meses, algunos de 30 y otros de 31 días, más un día suplementario cada cuatro años, llamado “bisiesto”.

Con todo y mejorar la precisión de la medida del tiempo, el griego legó a la humanidad un grave problema: su cálculo del año tuvo un error de 11 minutos de más; esa insignificancia en la vida de un hombre supone una diferencia de 18 horas en un siglo.

Triunfa el cristianismo, a partir de la conversión de Constantino el Grande en 337; a la Iglesia que inicia su hegemonía tampoco le resulta apropiado el calendario Juliano, dada su necesidad de celebrar las festividades religiosas en fechas precisas; de continuar el desplazamiento antes reseñado, la Navidad terminaría cayendo en otoño; se intentan varias reformas, de resultado insatisfactorio. En 525 el papa San Juan I

convoca al teólogo, matemático y astrónomo Dionisio el Exiguo (el “pequeño”) para solucinar el problema.

El sabio romano Dionisio el Exiguo (c.500–560) viene a ser así el inventor del concepto de “Era Cristiana”. Había recibido instrucciones de tomar como fundamento de sus cálculos una reforma debida al astrónomo griego Alexandrián, a finales del siglo III d.C., considerada la más exacta por los expertos entre todas las intentadas, pero, en razón de que ésta había sido hecha en la era de Diocleciano, no la admitió “para no perpetuar el nombre de un gran persecutor de los cristianos”; de modo que más por razones ideológicas que científicas, Dionisio asumió como punto de referencia de su cronología la fecha del nacimiento de Cristo, el 25 de diciembre de 753 A.U.C.–anno urbia conditas o “año de la fundación de la ciudad” (Roma)–. Asumió el 25 de diciembre siguiendo la tradición, no a partir de una investigación histórica suya o realizada por cualquier otro estudioso; en efecto, no existe ninguna certidumbre respecto a la fecha de la Navidad; en 354 el obispo Liberio decretó la fecha de la Navidad, siempre de acuerdo con una tradición que se inicia durante el lapso de tolerancia al cristianismo abierto en 274 por el emperador Aureliano; en esa época la religión oficial romana tenía como dios principal al Sol invictus, cuya celebración se iniciaba con el solsticio de invierno, el 25 de diciembre según el calendario Juliano. Fue fácil asociar a Cristo que es la “Luz que ilumina al Universo”, con el Sol invictus, dios de la luz pagano. Se ha dicho que esa decisión fue una maniobra un tanto sagaz como práctica de parte de los primeros padres de la Iglesia.

Dionisio el Exiguo estableció que el primer año de la Era Cristiana comen-zaría el 25 de diciembre de 753, en consecuencia, ter-minaría el mismo día de 754, siendo éste, pues, el año uno (1) de dicha era; más adelante, por razones prácticas, se corrió el inicio de cada

año al 1º de enero. Los años de la Era Cristiana serían identificados mediante las siglas A.D. (anno Domine, “año del Señor”).

Dionisio no consideró un “año cero” por la sencilla razón de que la noción de “cero” no existía en sus días: vale decir, no figura en la tosca numeración romana. El cero lo inventa un matemático indio hacia el 500; se conoce entre los árabes en el siglo IX, gracias al sabio Muhammad ibn al-Khwarizmi (780–850), probablemente creador del álgebra; el sistema de numeración arábiga, que es un salto impresionante en el desarrollo de la cultura, tardó siglos en difundirse en Europa.

Es suficiente un cálculo elemental para entender que el 31 de diciembre de 1999 no es el fin del III Milenio de la Era Cristiana; ese acontecimiento ocurriría el 31 de diciembre del año 2000.

Pero Dionisio el Exiguo también se equivocó al determinar el año del nacimiento de Jesús en 753 A.U.C. Los Evangelios sitúan la Navidad hacia el final o muy próxima a la muerte de Herodes el Grande (el de la Matanza de los Inocentes), lo cual tuvo lugar el 750 A.U.C., correspondiente al año 4 ó 5 d. C. Notaron el error primero el santo inglés Bedas en el siglo VIII y luego el monje alemán Regino de Prim, en el siglo IX, pero ninguna autoridad tomó en cuenta sus obsesiones, y el sistema creado por Dionisio el Exiguo ha seguido usándose hasta nuestros días. Seguramente porque cambiar íntegra la cronología de la historia humana es un tanto más difícil que cambiar el nombre de República de Venezuela por República Bolivariana de Venezuela; aunque tratándose de la cronología tendría justificación, en lugar de ser el capricho de un mandatario (E)

TOMADO DE: EL NACIONAL (CARACAS)30/12/1999. C-5 .